

Un Año menos y un Milenio más

POR JOSÉ JAVIER FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

El objetivo del presente artículo no es contribuir al debate sobre el año en que realmente termina el segundo milenio de nuestra era y empieza el tercero. Es éste un tema de mayor enjundia que puede y merece ser objeto de discusión en La Gotera en estas Navidades... y en las próximas. ¡Doctores -y de postín- tiene Santibáñez! Efectivamente, el mensaje que aquí y ahora me interesa transmitir no depende del momento exacto de cambio de milenio, de modo que cualquiera que sea la opción cronológica aceptada debería aquél conservar su virtualidad práctica. Y dicho mensaje es, a la vez, sencillo y optimista: Santibáñez tiene ya a sus espaldas un centenario pasado y ve ahora abrirse ante sí un milenarismo futuro ¿quién podría contradecirlo? Eso sí, dicho futuro estará en permanente evolución y será seguramente muy distinto a cuánto ahora nos podamos imaginar, pero sobre todo será personalizado: Santibáñez ha existido y existirá mientras nosotros queramos que así sea, y dejará de hacerlo sólo cuando sus habitantes de cualquier tiempo así lo decidan.

Evoquemos, en primer lugar, nuestro imaginario pasado en el primer milenio de esta nueva era cristiana en la que hinca sus raíces nuestra actual civilización y tratemos de determinar nuestra modesta contribución. Para empezar, debemos admitir que no consta -a pesar de los nunca suficientemente ponderados esfuerzos investigadores de nuestros eméritos profesores Eugenio Miguélez y Enrique Fernández y otros de no menos valía y renombre- que vecinos del futuro Santibáñez de nuestros amores formaran ya en las filas de la Legio VII Gémina allá por los inicios de nuestra era. Y mejor que así no sea porque, en realidad, nos parece mucho más probable que nuestros bravos ancestros se batieran denodadamente contra ellos, pues que se sepa nunca Santibáñez ha sido tierra de traidores y, además, está situado muy cerca de la vieja y legendaria capital astur que hoy conocemos como Astorga, uno de los últimos focos de resistencia al emperador Augusto.

Y es también probable que más de uno de nuestros aguerridos paisanos militara después en las filas de las huestes hispano-romanas y visigodas que aplastaron a vándalos y alanos a orillas del río Órbigo, probablemente cerca del actual Hospital, visto que la mala leche producida en el fragor de la batalla se haya todavía bastante extendida por gran parte de dicha vega y... de la del Tuerto.

Parece más que evidente que la marea árabe anegó también la isla del Tuerto y se llevó con ella todo rastro de pureza racial astur, celta, romana y visigótica que pudiera quedar en unas gentes por lo demás siempre sometidas a mestizaje de todo tipo, como corresponde a la buena gente de a pie. Ello fue sin duda elemento positivo, pues nos ha evitado caer en las ridículas reclamaciones actuales de factor sanguíneo tan corrientes en otros pagos. Eso sí, oportunistas impenitentes, cabe también imaginarse un repentino esfuerzo posterior para ocultar todo rastro de influencia sarracena en cuanto algunos otros de nuestros antepasados huidos con Don Pelayo a lo más profundo de las montañas astures asomaron de nuevo, de regreso esta vez como tropas de vanguardia del naciente y pujante reino de

León. En este sentido, es de lamentar que el insigne D. Claudio Sánchez Albornoz no nos dedicara ni siquiera una nota a pie de página en su extraordinaria obra "Una ciudad hace mil años", que, en cambio, prefirió basar comprensiblemente en León, la capital del reino.

Por lo que se refiere al segundo milenio que ahora termina, tampoco nos parece manca ni escasa que la contribución de Santibáñez. Desde luego, que no se nos reproche el no haber participado con Godofredo de Buillón en la toma de Jerusalén el día 15 de julio del año 1099 con ocasión de la primera Cruzada. ¡Bastante tuvieron nuestros antepasados con participar lealmente en nuestra propia Reconquista y contribuir como el que más al lustre del Viejo Reino! Por cierto, que si en 1212 no participaron junto con las tropas de los demás reinos cristianos en la decisiva batalla de las Navas de Tolosa, ello de ningún modo les puede ser imputado a nuestros connaturales, si no más bien a sus naturales señores de otrora, que ya entonces empezaban a andar a la greña con los castellanos de Valladolid. Más aún, por obras imputadas a los Carriones leoneses, se ha tratado de hacernos pasar a todos en algún momento por fermentados y villanos, olvidando miserablemente el nombre de algunos de los nuestros que, junto a otros ribereños, se batieron heroicamente en "El Paso Honroso" al lado de D. Suero de Quiñones, flor de caballeros.

Aunque es cierto que entre los acompañantes de Colón en 1492 no aparece reseñado en el diario de a bordo ningún paisano afincado en ésta de Santibáñez, no cabe descartarse en cambio que el día 7 de octubre de 1571 alguno de ellos no acompañara al manco Cervantes en el Golfo de Lepanto. Prueba de ello es el nada desdeñable impulso que los estudios de gramática, ciencias y humanidades han experimentado tradicionalmente en Santibáñez hasta nuestros días.

Lo que es seguro en todo caso es que, durante varios siglos, y cuando la rueda de la Historia colocó a las Españas en sus momentos de mayor esplendor y en disposición de presidir y aún dictar el curso de la Historia, numerosos de nuestros ancestros dieron con sus huesos allá cerca de donde se pone el sol. Sin duda, muchos de ellos lo hicieron alistados de grado o por la fuerza en los viejos Tercios, que se pasearon durante siglos a través de Europa siguiendo el "Camino Español" y se cubrieron de gloria garantizando por doquier los beneficios de la "pax hispana" frente a los desagradecidos protestantes, calvinistas, judíos y musulmanes que con harta frecuencia quisieron ignorar las ventajas de nuestra católica obra civilizadora. Eso sí, tengo para mí que alguno hubo de haber también entre miembros y familiares de la Inquisición, puesto que hasta hace poco en las blancas filas de Santo Domingo se formaban también otros de nuestros coetáneos y que el celo clerical nos ha alcanzado a todos más de una vez en forma de sonoros bofetones.

Otros de nuestros ancestros fueron probablemente llamados a África, adonde incluso todavía recientemente muchos coetáneos han sido enviados a realizar el servicio militar y donde, sobre todo, todavía hoy algunos de los mejores hijos de Santibáñez se baten callada y heroicamente contra la miseria y la pobreza en una lucha sin tregua y con frecuencia casi sin esperanza ¿no es verdad, Cesar y Servando?

Muchos otros partieron en cambio para América, segura pero

no únicamente formando parte de las huestes del leonés conquistador Diego de Ordás, pues sin duda más de uno de sus descendientes establecido para siempre en aquellas lejanas tierras contribuyó también a la terrible derrota inglesa ante Cartagena de Indias en 1760 y al desastre de su escuadra, mayor aún que la de la Armada Invencible, a manos del ignorado Blas de Lezo. Así lo acredita también la actual presencia de nuestros paisanos en la mayor parte de países iberoamericanos hasta el día de hoy, desde el sur de Río Bravo hasta la Patagonia, y con especial y sentimental referencia a Perú, donde José Morán, uno de los más preclaros hijos de Santibáñez, recalara hace ya más de 25 años.

Otros de aquellos ancestros, en fin, sin duda ayudaron en Asia y aún Oceanía, y sobre todo en Filipinas, como lo atestigua el que en su día y en fecha todavía reciente hayan sido formados para seguir la ruta de Urdaneta y de Legazpi tanto el propio autor que esto suscribe como algunos otros familiares y vecinos. En fin, la contribución de Santibáñez a la forja de un Imperio en el que nunca se ponía el sol nos parece pues, modesta quizás, pero indiscutible. Por cierto, que si supieron estar a la altura las gentes de Santibáñez en los momentos de mayor gloria y esplendor como acaba de verse, sin duda que no fue inferior su arrojo y abnegación en las horas tristes cuando la rueda de la Historia siguió su curso y la España al tiempo inmensa, orgullosa y miserable del Siglo de Oro debió hacer frente después a los días y siglos peores de su existencia. ¿Acaso no lo prueban suficientemente el valor de nuestros ancestros por dos veces encerrados, sitiados y rendidos junto con Santocildes tras los muros de Astorga por las tropas del gran Napoleón? ¿Y qué decir de los que se alzaron a favor de la Constitución de 1812 junto con Riego en Cabezas de San Juan en 1820, y cuya contribución indirecta e indudable a la independencia de los nuevos países de allende el mar resulta obvia a partir de ciertas licencias interpretativas incontestables y muy convenientes de lugar (Riego) y patronímicas (San Juan)?

No haremos por lo demás el relato de los desastrosos tiempos posteriores, que fueron testigos también del concurso de las gentes de Santibáñez. Baste con decir que se guarda imperecedera memoria de ello en los olvidados cajones de la Historia de las guerras carlistas y civiles mil que este infausto país padeció durante los dos últimos siglos de este milenio, con especial mención a la desastrosa guerra de Africa del primer tercio de este Siglo y, antes, a las de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En efecto, si pioneros fueron nuestros ancestros a la hora de la creación del magno imperio hispano, entre los últimos se contaron en cambio a la hora de regresar, enfermos de tifus y del alma, en los últimos transportes que pusieron fin a las campañas de finales de 1898 en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, donde por cierto parece asegurada su presencia también entre los últimos del mismo nombre allá en Baler, pues estando bien acreditada la procedencia de un pueblo palentino del héroe Quijano ¿qué impide concluir que más de uno de sus compañeros fuera de Santibáñez en unos momentos en los que el liberal astorgano D. Pío Gullón era ministro de Estado? En fin, y ya que estamos de vergonzoso centenario, que conste también que nada tuvieron que ver nuestros antepasados en cambio con la deshonorosa venta a Alemania del resto de nuestras posesiones ultramarinas en la Oceanía española de las Islas Marianas, Carolinas y Pala-

os al año siguiente, en 1899...

Lector amigo, como habrás adivinado sobradamente, todo cuanto antecede no es nada más que una irónica fabulación más o menos afortunada de nuestra posible historia en común, que he realizado con unos objetivos muy simples. En primer lugar, para alertar contra la ignorancia y la manipulación históricas tan en boga últimamente y sobre las que pretenden explicarse y justificarse a menudo los actos más bárbaros, inhumanos y execrables. Frente a tanta ignorancia y manipulación propongo simplemente erigir el muro firme de la tolerancia, la cultura, el mestizaje y la comprensión. Las buenas gentes -y Santibáñez con ellas, naturalmente- como expresión ideal del ser humano han existido desde siempre, y en toda era histórica. En segundo lugar, y sobre todo, tengo para mí que Santibáñez seguirá vivo tanto tiempo como siga existiendo el ser humano, porque en el fondo, y cualquiera que sea su nombre y su pasado, Santibáñez no es sino una expresión más -la nuestra- de la aspiración del ser humano a vivir en unión de los seres de su especie en el lugar de su preferencia.

Ya en el presente Siglo que ahora termina, lo que cuenta es que este modesto pueblo que es el nuestro presenta claros síntomas de recuperación y adaptación tras siglos de olvido, atraso y aislamiento, y que se ha incorporado decididamente y como el que más a una Europa ampliada y renacida tras sus dos terribles guerras mundiales, a la búsqueda ella misma de su mestiza y humana identidad. Al mismo tiempo, nuestro pequeño pueblo pugna con éxito por hacerse también un lugar al sol en el mundo globalizado e interdependiente en el que ahora vivimos. Una vez más se trata de un reto formidable, que me parece a la altura de nuestro pasado como grupo humano, pero para hacer frente al cual disponemos también de diversos recursos con proyección de futuro. No sé si uno de ellos podría ser el de la agricultura virtual. Debemos preguntárselo a nuestros informáticos y visionarios, de los que también afortunadamente está sobrado Santibáñez. Personalmente no estoy convencido de ello: quizás se trate de un recurso que en el milenio entrante deba ser evaluado con detenimiento, pero mucho me temo que para quienes provenimos del segundo milenio que ahora termina, la remolacha, las patatas, el chorizo y la cecina, reales y tal como siempre las hemos conocido, siguen siendo realidades tangibles y preferibles hoy por hoy a las puramente virtuales.

De lo que sí estoy convencido en todo caso es de que, cualquiera que sea el reto de nuestro futuro en común, el hacerle frente con éxito pasa inexorablemente por la mejora de la cultura y de la educación. En mi opinión, sólo una y otra permiten situar en su lugar y afrontar incólumes la ostentación, la insensibilidad, la soberbia y la ignorancia propias de la sociedad de consumo y sin valores en la que hoy vivimos. En definitiva, educación y cultura adornan al ser humano de muchas de esas virtudes naturales que siempre tuve el privilegio de reconocer en muchos de mis paisanos de Santibáñez en este segundo milenio que ahora termina y que deseo no pierdan en el entrante: sencillez, espíritu de sacrificio, generosidad, sentido común y modestia. ¡No es poco bagaje a la hora de partir y disponerse a entrar con buen pie en el tercer milenio de nuestra era! ¡Y así seguirá siendo seguramente cuando llegue para nuestros sucesores la hora de pasar del 2999 al cuarto milenio! Por si acaso, dicho queda y por anticipado. ¡Hasta siempre!